EUSKAL ERRIA

FUNDADA EL 4 DE AGOSTO DE 1912

REVISTA QUINCENAL BASKONGADA DEL URUGUAY

 Año XXIV | MONTEVIDEO, ABRIL 1.º de 1936 | N.º 734 

Visitando nuestro Recreo de Malvín



Entre el paisaje, bajo este puente, pasa un pequeño hilo de agua, que pone una nota alegre en nuestro bello parque de la Avenida Italia N.º 4099.



Redactor Responsable:
Arnaldo Pedro Parrabère

Residencia: Bulevar España 2670 — U.T.E. 41-15-95

Organo oficial de la Institución "Euskal Erria", con sede en la calle San José N.º 1168

U.T.E. 8-70-77 Administrador: MANUEL MUJICA | MONTEVIDEO, ABRIL 1.º DE 1936 | AÑO XXIV N.º 734

Casa impresora "Imprenta Agraciada". — M. Iglesias. — Agraciada 1923

Las horas gratas que nos esperan

LA conmemoración del 24 aniversario de la fundación de nuestra Institución de Confraternidad Baskongada «Euskal Erria» se verificará el domingo 26 del corriente mes de Abril.

El programa e información correspondientes serán adelantados en el número próximo.

24 años de existencia para una entidad como «Euskal Erria», representan un pasado de actividad constante, de esfuerzos consagrados al mantenimiento de un ideal superior, cual es la agrupación de nuestros hermanos de raza y sus descendientes en un ambiente de serenidad y de evocaciones gratísimas.

Por eso corresponde que nuestros elementos todos sean partícipes de estas próximas jornadas.

Porque, ¿qué mejor homenaje tributarse puede a los que nos brindaron esta entidad pujante que, después de cinco lustros de vida fecunda en todo género de actividades, proclama su grandeza, sus merecimientos y sus grandes aspiraciones del mañana?...

Si. Es preciso que todos nuestros elementos y consocias, con sus familias, asistan a las grandes fiestas que proyectan realizarse para el 26 del corriente mes.

Nadie debe faltar a esta cita de honor.

Todos deben unirse a los festejos que tendrán grata resonancia, desde que nos pondrán ya en el dintel de la celebración de nuestras Bodas de Plata.

«Euskal Erria» constituye hoy una afirmación de triunfo.

Participemos de él con amor y con cariño.

Las fiestas fraternas que se avecinan llevarán el sello de la sencillez pero de una grandeza de alma indiscutible.

Todos debemos formar en las filas de los entusiastas que nos acompañarán en las próximas horas de satisfacción y alegrías.

Evocando un partido de pelota en el año 1889 (1)

Por MIGUEL DE UNAMUNO

SE anunciaba para el domingo, si el tiempo no lo impedía, un gran partido de pelota, extraordinario y fuera de abono, en el frontón de Abando, partido en que atravesaban los jugadores 5,000 pesetas, entre Indalecio Sarasqueta (el Chiquito) de Eibar, y Vicente Eliceguí, de Rentería, contra Francisco Alberdi (Baltasar) y Juan José Eceiza (Mardura), los dos últimos de Azpeitia. Fijaban luego las condiciones del partido, a blé, a habilidad libre, a 50 tantos y a sacar todos de los cuatro cuadros con doce pelotas finas, de 118 a 120 gramos, elaboradas por don Modesto Sainz, de Pamplona. Todo así detalladito, y luego el cartelón seguía fijando los precios desde diez hasta tres reales y otras menudencias.

Se habían avistado ya el Chiquito y Mardura, habían elegido las doce pelotas, y éstas, selladas, fueron remitidas en saco también sellado y lacrado. No es la cosa para menos.

Al fin. ¡Ya era hora! Llegó el día al cabo radiante de esplendores. Palpitaba el aire bajo un cielo de záfiro oruñido que reverberaba al sol, y la luz caía a chorros. ¡Vaya un calor! Llovía fuego derretido. Son aquí estos días como garbanzos de libra, don de la Providencia. Fué ansiado con más ahinco que el de la boda por los novios, más que las Pascuas durante los ayunos. En todos los rinconcitos de Vizcaya se le esperaba como al santo advenimiento; al acostarse repetían muchos la misma canción, contaban con los dedos... "hoy, jueves, 22; mañana, viernes, 23; pasado, sábado, 24; el otro... ¡Dos días faltan!" Soñaban con airosos reveses y boleas vigorosas, revolviéndose de gusto en la cama, haciéndose boca. Desde Cádiz vino uno solo por verlo. Estaban ya pedidos los billetes; los revendedores hicieron su agosto. ¡Qué partido!

Aquel gran día arrastró el ferrocarril de Durango a cientos de hombres de todos los pueblecitos del interior, médicos y curas en mayoría. En todas las caras el regocijo anhelante de los niños el día del santo Patrono del colegio, día de asueto. Desde la mañanita temprana bordeaban de la ceca a la meca por las calles de la villa diferentes grupos. "¡Eh, José!" "Kaiso, Chomin ¿emendi?" El otro sonriendo como resignado y alzando los hombros: "¡Partidubé ikusterá! — "Hola, Pachi, ¿a lo mismo, eh? "¡A lo mismo!" Se restregaban las manos murmurando "¡qué partido!" Se citaban para la tarde. "¡Si está aquí medio Munguia...!, decía uno. "¡Todo Borneo!", otro; y un tercero: "¡Ha quedado libre Durango!" "¿Has visto al alcalde?" "¿Dónde para el secretario?" Preguntas, exclamaciones, manotadas en las espaldas, apretones de manos, frases plegadas de acentos, recargada de alma las palabras, castellano, semicastellano, bascuence en sus diferentes tonos y matices, el shischeo del interior, algún que otro "yjyá" de guipuzcoano de "beterri", el canturreo de la costa. "La Prusiana" parecía una colmena en primavera, gentes que entraban mientras salían otras, yentes y vinientes, andantes y parados, rumor de tenedores y cucharas, retintín de copas timbradas, susurros y palmadas; un gran día sin duda.

Después de devorar, cuya hora adelantaron muchos, era de ver el boulevard delante del Suizo, allí, bajo el toldo; aquello parecía un hormiguero; ¡qué enjambre tan zumbón!; "¡diez duros por Azpeitia!", "¡20, 40!". Los que ponían poco lo anunciaban muy alto; los jugadores gordos cerraban sus apuestas en voz baja, sin ostentación ni bullanga, como se cierran los grandes negocios. "¿Cómo anda el papel?" "¿Qué agio se da?" "¿Hay momio?" "¡Está a la par!" "Cincuenta a cuarenta por Eliceguí!" "¡Hum, hum!" Parecía una bolsa de contratación en días de crisis ministerial.

Al rededor de una mesa, un corrillo de muchachos que ponían pescuezo largo y se alzaban sobre los pies para verles, les devoraban con los ojos, les contemplaban con la boca abierta, hurgándose la nariz alguno; ¡oh!, ¡los jugadores! Estaban rodeados de sus cortesanos. Una cara correosa, seria y lánguida, ojos caídos, frente arrugada, cráneo largo, fisonomía de viejo en cuerpo joven, una cabeza delgada y fina sobre unas espaldas anchas y sólidas. Junto a él, un rostro agudo acabado en nariz, unos ojillos que parpadeaban vivamente en una cabeza clavada al tronco. Luego, la gente se movió hacia otra parte; llegaba un moreno airoso, de tez bronceada, con fino bigote, eterna sonrisa, andar ligero y suelto, algo como la marcha de un gato montés, cuerpo hecho a torno, elegante, típico ejemplar de nuestra raza vasca. Dieron las cua-

(1) Aproximándose ya la época en que los partidos de pelota adquieren vivo interés y son objeto de generales comentarios creemos oportuno dar cabida al presente artículo del joven y aventajado escritor bilbaíno don Miguel de Unamuno, en el que con estilo suelto y animado se pintan las peripecias de una de las luchas pelotísticas. (De la Revista "Euskal Erria").

tre, empezó el traqueteo de los coches; los tranvías eran tomados por asalto, iban como racimos de hombres.

*
* *

UN edificio extenso y chato guarnecido de grandes ventanas a todo su largo y escudos de armas sobre ellas, rematado por una balaustrada. Abajo, tiendas de comestibles y bebidas. A continuación de él, otro elegante edificio de tres cuerpos, la escuela. En la taquilla, una avalancha de gente que empujaba y alargaba los brazos, peleándose por coger billete. Por dentro, el juego espacioso, del cual rebasaba el aire pesado y espeso del Sudeste, sofocante aire, que vivía y se agitaba a todo lo largo y todo lo ancho. La cancha reluciente, caldeada, emanaba bocanadas de calor, un aliento de piedra que hervía; las paredes descarnadas se alzan rectas, planas y desnudas, como tapias de presidio. La gradería sube en declive; abajo, filas de sillas, algo todo ello como un circo romano modernizado con las líneas rectas de un momento egipcio, y por encima de las paredes, las recortadas montañas verdes pegadas al cielo azul. El viento riza las banderolas.

La gente, vomitada de los atestados tranvías, va entrando. El pueblo empieza a acostarse en la gradería con murmullos de impaciencia. Una masa gris, abigarrada y compacta, palpitante como un montón de gusanos, punto rojo azules y marrones, aquí y allí; a trechos, manchas negras, grupos de curas que van al espectáculo. Uno, con su papelito y su lápiz, se prepara a tomar notas. Abajo, algunas señoras, con sombrero casi todas.

Por entre la gente que ocupa la cancha se adelanta, abriéndose paso, un mocetón, alto, fornido, blanco y graso, pelo ensortijado, cara de angelón de retablo. La camisa blanca, matizada de variadísimas sombras por pliegues riquísimos; boina azul, cinturón rojo, pantalones blancos y anchos y alpargatas también blancas. En el brazo derecho, la "chistera", sacudiéndola para probar si está sujeta. Empiezan a pelotear para entrar en calor, a templar las cuerdas; es como el mosconeo que precede a la ejecución en las orquestas.

"¡Ya está aquí Baltasar!" Unos se levantan y otros se sientan impacientes, ensayando posturas, tosiendo, remangándose los calzones, empujando a los de delante; se moldean al asiento, buscan sitio a los pies, alguno limpia los lentes, todos comentan, hablan y gesticulan, y en todas las caras, la movilidad inquieta de quien espera una primera cita. A las cinco menos minutos empiezan los aplausos de impaciencia, las voces de ¡fuera!, ¡a sentarse!; el hormigueo de la gente de sillas, que se retira, sombrillas que se cierran. ¡Vamos a ver!

Un duro forma espejuelos en el aire y cae entre los jugadores con agudo retintín; han echado a cara y cruz el saque; Baltasar se dirige a la mesa; allí delante, en sus sillas, los abogados del juego, dos junto al escás de saque; junto al de pase otros dos, en medio del juez de plaza. El jugador toma la pelota, la palpa la bota, dándosela luego al contrario, quien, examinada y botada, se la devuelve. ¡Al fin! Toses, expectación. Está libre la cancha; se oye un susurro humano como rumor de fiera en acecho, de tempestad lejana que viene; va a sacar Baltasar. Mira a los otros; ellos, el cuerpo hacia adelante; la cesta caída; el Chiquito, encorvado, delante, a la volea; el renteriano, detrás, al bote, todo ojos, esperan. Se arranca...la, Pachico! Aup! Sale... bolea! ¡Bravo, Chiquito!

Así principió la brega, que fué aquel día dura, durísima. Un moscón cursi de tendido no se saciaba de repetir que "rayaban los jugadores a grande altura". Era frase de día de fiesta, y no se le atragantaba jamás.

Los primeros tantos no hacían fermentar al pueblo; todavía no legaba el entusiasmo a punto de horno. El sol achicharraba. Se respiraban dos bandos parcialísimos; los unos sólo aplaudían a los de Azpeitia; a los otros dos, los otros, y no tan sólo el remate ingenioso o rápido de algún tanto, sino también las piñas del contrario. Allí, tirios y troyanos, rojos y blancos, oñacinos y gamboinos, la cuestión eterna y eternamente renovada, levadura humana, el perejil de todas salsas y sal de todo puchero. ¡Qué clamoreo se levantó cuando, agrupándose los jueces, de pie, con las boinas en la mano, resolvieron dar un tanto a una de las partes! Los abogados no se entendían; llamaron al juez; esperaba impaciente el encargado del tanteador; corrió éste, y tras de él todos los ojos; sonó el timbre... ¡para Eibar! ¡Qué bronca, cielo santo! Silbidos, gritos, patadas, aplausos, un remolino de voces, "¡fuera!, ¡falta!, ¡bravo!" El Chiquito miraba, sin sacar.

*
* *

NO es el público de las corridas de toros, que saborea un quite, paladea una estocada y se estremece con júbilo de la sangre ante un buen puyazo; allí no hay fracciones que luchan, no se apasionan por el toro unos y otros por el matador; es una lucha impersonal. Aquí es el pueblo de las guerras de bandería, amasado con carne de batalla, arrullado por el fragor del combate. El dinero anda de por medio sazonando la pasión.

Hay marduristas y elicegaistas, esclavos de su sangre y su temperamento, los que siguen a la

fuerza de la astucia, al cálculo y la rapidez, y los que adoran y creen en la fuerza franca y sólida, abierta y sin dobleces. Dice el cartel Mardura, y le pluralizan llamándole Marduras. Chiquitistas apenas los hay, y lo son todos; se admira al elbarrés como a Homero sin haberlo leído: de oídas y como de cajón, unos hablan de sus buenos tiempos, otros le creen en sus mejores, dicen aquéllos que ha bajado, éstos que el suelo ha subido; tiene ya su leyenda. — "Cállate, bocota, cállate; Elicegui dar y dar no más!" "¡Nos has chafao! Y Marduras... más susio que no sé qué..." — "Susio o no susio él te gana... ¿y el otro qué? La cuestión es ganar". — "No, señor! ¡La cuestión es jugar limpio!" La sustancia es la misma siempre, varía la salsa. Elicegui y Mardura son dos símbolos, banderas.

En alguna parte del público se notaba animosidad contra los azpeitianos; la inquina del español hacia el que ha subido pronto; no puede resistir al deseo de tirarle de una pierna. Siempre los azpeitianos; los azpeitianos por arriba, los azpeitianos por abajo, ¡qué caramba!, acaba por aburrir a un buen español.

Los corredores iban y venían, se agachaban aquí y allí y anotaban en su memorándum. Gritaban: "¡10 a 8 por Elicegui!" Y más allá otra vez: "¡10 a 8 por Elicegui!" "¡Van!" Los papelitos corrían de mano en mano, y los corredores de silla en silla. Sus voces eran el barómetro del partido; primero, a la par; después, 10 a 8 por Azpeitia, 30 a 20, hasta 30 a 15; luego otra vez a la par, 12 a 8 por Elicegui, 30 a 20, 40 a 25, hasta doble a sencillo; subía, oscilaba, bajaba otra vez. Aquello era un hervidero. A que llegaban a 30, a que no, a que a 40 a que a 42. Se igualaron a 4, a 6, a 13, cogieron ventaja los azpeitianos, les alcanzaron los otros y les pasaron, volvieron a igualarse a 30 entre la sorda baraunda del pueblo. Competidísimo.

Un señor gordo decía cuando iban pisándose los talones: "Durito, durito es el partido; ¡qué sé yo! Los azpeitianos son el demonio... ¡Ese Mardura es una ardilla, tiene unas piernas! Está, como Dios, en todas partes, pero especialmente donde hace falta..., ¿Pues y Baltasar? ¡Vaya una intención que me gasta el mozo! El Chiquito, ¡oh! Azpeitia es el rey de la pelota. Y Elicegui, ¡vaya una potencia, pero qué potencia!" Esta palabreja le cosquilleaba en los oídos y no la soltaba; se la había aprendido en viernes.

Cuando Azpeitia tomó algo de ventaja decía: "¡Bah! Ya se lo llevan de calle; si no puede ser de otro modo... Ya lo decía yo... por algo les llaman invencibles; no puede ser... Ese gandul no sabe más que dar y dar... ¡Ya me esperaba esto!..." Volvieron a igualarse: "¡Hum, hum! Esto va serio... Hoy Elicegui está de vena... Y el Chiquito, ¡mire usted! Ya los ha metido quehacer a los invencibles... Me parece que..." Meneaba la cabeza. "En fin, ¡tch! Veremos". Tomó Elbar ventaja, y el gordo: "Ya me lo presumía yo... No puede ser... Si no puede ser... Con una cabeza como la del Chiquito y una potencia como la de Elicegui... ¡Vaya una potencia! Esto era sabido". El tal señor jamás se equivoca, ni juega tampoco si no es una botella de Rotterdam por aquél a quien el tocase el saque. Y seguía murmurando: "¡qué potencia!"

La cosa se animaba, se coloreaba y ardía. Al llegar a los 30 estaba el pueblo magnetizado, botando en el asiento; tendidos los cuerpos hacia adelante. Electrizados, como repelidos de sus sitios, ansiosos, ojos y nervios, todo, oían, veían y aspiraban la pelota... ¡Oé! ¡Allá va! ¡Aaa... upa! ¡Zás! ¡Aaa! ¡Piña! El jugador examinaba la cesta, la encorvaba apoyándola en el suelo, la sacudía en el brazo: ¡tch!, ¡maldita cesta! Baltasar soplaba hinchando los carrillos al sacar, se limpiaba el sudor con la manga, escupía, se levantaba los pantalones, y en cada pelota que se le escapaba echaba la mano al trasero, recogiendo una pierna y girando sobre la otra como un trompo.

Otras veces esperaban con el aliento enfrenado, clavados los ojos, y al sonar el duro y hueco son de una cortada irresistible, rompía el pueblo en un estallido como en los días húmedos las cuerdas tendidas y vibrantes del violín. Los eliceguistas armaban un barullo de mil demonios, eran los más barullosos, entre ellos casi todos los muchachos barbi-lampiños y recién salidos del cascarón. Su entusiasmo pasaba del rojo y llegaba al blanco.

Los jugadores iban, venían, corrían... ¡Atzeá! ¡aurrian! Bajaba Mardura jadeante, como perro tras de la presa desde el cuadro 10 al 4 o 5, y al llegar él, ya Baltasar, con una volea pistonuda, había atrasado la goma. Se volvía, trotando y balanceándose como balandra en regateo mientras decía por lo bajo a su compañero con voz ahogada: "Bien, Pachico!"

De cuando en cuando les llevaban sillas y se les acercaban los botilleros, hombres graves a lo mejor, a servirles una copita y darle algunos inútiles consejos, a animarles. ¡Y qué es honor ser botillero!, digo, consejero. Si prolongaban la sentada, aplausos de impaciencia.

En delantera de tendido un joven no dejaba de gritar: "¡atzerá! ¡aurrerá! ¡biyetán, biyetán! ¡jo, jo, Bisente! ¡Gorá Baltasar! ¡Ori, ori! ¡Utzi!" Es lo único que sabía de bascuence, y lo lucía. Otro, las manos entre las rodillas, arqueando las cejas, seguía a la pelota, y cada cortada estiraba el cuello, y parecía querer engullírsela con los ojos. Cada pelotazo le espoleaba los nervios, y se reflejaba en los músculos de su rostro el rumiar de los tantos y el traqueteo martillante del corazón, que sacudía toda su carne. Muy ba-

lito y conteniendo el aliento, repetía: "¡Cortada! ¡arrima! ¡Así, dos paredes! ¡Volea! ¡Bien, Mardura! ¡Revés! ¡Bravo Elicegui! Era el sibarita de frontón, que se reconcentra para paladear los tantos.

¡Qué hermoso el 33! Fué el "quince" de la tarde, según repitió varias veces el gordo. ¡Soberbio fué, sublime! No lo olvidarán a la primera los buenos aficionados. El Chiquito tomó la pelota y se arrancó antes de botarla de 4 a 5 metros con una carrerita coreada por gritos de ánimo, rematada en uno como trenzado de baile, y sacó uno de aquellos saques cortos, rápidos, en que gime la pelota con grito agudo y se arrastra luego como una lagartija. Pero Mardura la arrancó del suelo a pulso y punta, y empezó el peloteo. Volea del Chiquito, otra de Baltasar, una terrible de Elicegui, bravos sofocados; Mardura la coge a revés y la atrasa, vuelve a cogerla Vicente, la toma con suavidad y sin ruido alguno, sin esfuerzo aparente, acariciándola, y la lanza con vigoroso empuje; era como un cosquilleo que pusiera fuera de sí a la pobre, y como si ella, excitada, nerviosa, se arrancara en violentísima carrera. Pero se la devuelven, entregada esta vez... El pueblo no respira, un mugido envuelve al jugador... ¡Al quinto infierno! ¡Hasta el 14 lo menos!... Algunos se levantan... Parece que la respiración dormita."

Nuestros pintores

El paisajista Cabanas Oteiza

Así como para el hombre en general hay dos actitudes fundamentales ante el mundo, hay también para el artista dos maneras estéticas de situarse ante las cosas: o con una dócil inclinación a las afecciones sensibles y a las blandas corrientes del sentimiento o imponiendo a estas manifestaciones afinadas del instinto el rigor normativo de la inteligencia. Es decir, de un lado los estímulos vitales y afectivos, siempre oscuros, de nuestra naturaleza; del otro, la vigilancia de la mente, que no se resigna sino con fórmulas claras y comprensibles. Ahora bien, la sensibilidad es lo que el hombre tiene de común con las otras criaturas de la tierra. Recortad una porción de figuras de tres ángulos, en distintas materias de diversos colores y tamaños. Cualquier ser dotado de capacidad visual percibirá la impresión de las manchas de color, de sus diferentes dimensiones, de la policromía del conjunto. Sólo el hombre puede abstraer de esas figuras las condiciones particulares y concretas que las individualizan, lo que en ellas hay de accidental y contingente — secuela de la materia, — para llegar a la razón profunda de las mismas, a su esencia, y sacar de allí un principio de categoría intelectual: la idea universal de triángulo.

Esta facultad, que es privativa de la razón, constituye, pues, el signo distintivo del hombre, lo que lo diferencia como tal, dando a su naturaleza la condición humana. Ante esta jerarquización de nuestras cualidades psicológicas, que nadie, por otra parte, ha precisado hasta ahora con más claridad ni mayor exactitud que la doctrina aquiniana, no hay para nosotros duda a la hora de adoptar una posición. Si en el terreno de la vida afectiva la sensibilidad es fuente de preciosas y nobles satisfacciones, nunca la tomaríamos como norma en las tareas de la mente. Y no son ya pocos los que dicen y creen que el arte, si es algo, es "cosa mentale".

Pero resulta que en todo tiempo y lugar ha habido también artistas, y grandes artistas, no sólo que han proclamado que las actividades de la pasión y los impulsos sentimentales tienen por sí mismos, abandonados a su natural espontaneidad, un valor estético, sino que, en efecto, han creado obras admirables en las que aquellas corrientes aparecen informándolas con predominio manifiesto. Esta actitud artística, probablemente tan vieja como la historia de la cultura, culminó por su generalización en el pasado siglo, imponiendo una doctrina que, por lo que a la pintura se refiere, provocó dos movimientos históricos cuya influencia está muy lejos de desaparecer todavía: el **romanticismo**, que siguiendo un sentido pasional de la vida trataba de representar los estados de ánimo y los fantasmas de la imaginación abandonada a sí misma, y el **impresionismo**, que llevando esta teoría a su radical consecuencia pretendía reducir la fuente de la inspiración a las puras sensaciones.

Ambos fenómenos han influído, a nuestro juicio, en la formación pictórica del notable paisajista Cabanas Oteiza, quien estos días exhibe en la Asociación de Artistas Vascos una buena colección de sus cuadros. No nos referimos concretamente en estas notas a la actual exposición. Con ser copiosa, sólo representa una faceta y, además, poco común de la enorme labor de este pintor guipuzkoano. Su obra es mucho más vasta y más personal. No ya aquí, en el país; en las Repúblicas americanas y en Filipinas los cuadros de Cabanas Oteiza son numerosos. En ellos está

reflejado lo mejor de su estilo y de su personalidad. Mirándolos se llega fácilmente a comprender el embeleso de este artista ante el paisaje. Todo lo que en nuestro campo hay de color, de bellos efectos atmosféricos, de tornasoles y matices casi indefinibles, encuentra en este paisajista el eco dulce y poético de una interpretación apasionada. Romántico en su concepción de la naturaleza y formado cuando los últimos destellos del impresionismo francés aún imprimían su huella en los pintores vascos, Cabanas Oteiza aprendió a reprimir la violencia de su temperamento con las maneras técnicas que aquella influencia le imponía. Producto de este instrumento y de sus naturales cualidades es el estilo que hace de este pintor un paisajista singular, digno de atención y de estudio. Dotado de una fantasía concreta, no son las formas y las relaciones permanentes lo que le interesa. Su aspiración busca el más íntimo contacto con la naturaleza para recrearse con los simples elementos visibles y los juegos cambiantes de la luz. Pocos habrán conseguido expresar como él ese encanto breve y fugitivo de la hora que pasa, esos momentos de transición en los cuales el paisaje, acariciado por el fluir del tiempo, ya no es el del instante anterior ni todavía el del minuto que llega; cambiante siempre y siempre revelador de fisonomías inéditas.

Este es, para nosotros, el verdadero Cabanas Oteixa: el delicado paisajitsa que nuestro querido amigo "Dunixi" evocaba aquí, hace unos días, con tan sincero afecto; el intérprete romántico de nuestras nieblas, de nuestros crepúsculos, de nuestras grises y tibias mañanas otoñales, el "pintor poeta de las lejanías"...

C. LASTERRA.

Euskeldun y triunfador

La inmensa mayoría de los vascos emigrados abandonaron el caserío, atravesaron el océano y se establecieron en los campos americanos sin preparación cultural, sin reservas económicas, sin conocer otro idioma que el de sus apellidos. Pero llevaron consigo lo que no podían dejar mientras vivan: aquella fortaleza de espíritu y clarividencia adquiridas en la augusta soledad de las montañas patrias. Y con ellas y la característica honradez de gentes profundamente religiosas, cuyo genio fué moldeado durante largas generaciones por el Evangelio, esos vascos desarmados, al parecer motivo de compasión de las clases letradas, triunfaron en el norte y en el Sur de América; en las pampas argentinas y en las montañas californianas: triunfaron en todas partes.

¿Cómo?

Inés Rouget de Liste, escritora norteamericana, cuenta que en la gran ruta que va de los Angeles a Fullenton se admiran millares y millares de verdes naranjos, cargados de frutos de oro. Mi curiosidad se despertó —añade— por la frecuencia de los rótulos colocados a cada lado de la gran carretera y en los cuales se leía "Bastanchury Ranch". Recordé en seguida que era el nombre de la familia vascoamericana que en viaje de placer conocí el año anterior en San Juan de Pie de Puerto.

Es un caso ejemplar de vigor vasco. Hace cincuenta años salía de esta población el vasco Baztanzuri con rumbo a California. Oztenía allí, como otros inmigrantes, una pequeña concesión de terreno, un "homestead-claim" de setenta acres que el Gobierno cedía a cuantos quisieron establecerse. Levantó con troncos de árboles una cabaña. Se hizo con un pequeño rebaño de ovejas. Fueron malos los primeros años. Las sequías malograban los trabajos. Era escasa la inmigración por aquellos campos. Las explotaciones mineras arrastraban a las muchedumbres. Pero a fuerza de cuidados y perseverancia, el rebaño de Baztanzuri ibra prosperando. Con sus productos compró una tierra que se le ofrecía entonces a ínfimo precio.

Ya no son setenta acres los de Baztanzuri, sino cinco mil. ¿Cómo ha podido ser eso? Los Angeles empieza a ser una gran ciudad que atrae al elemento rural. Pero el poder de seducción de la gran urbe no puede vencer al vasco. Todo lo contrario. Va comprando tierras a los que, cansados de la soledad, marchan a Los Angeles. Con ellas ensancha sus dominios.

En estas circunstancias surge el movimiento de progreso americano. Se inician las grandes obras hidráulicas. Se establece el riego y se mejoran y amplían los métodos de alumbramiento de las aguas subterráneas. Y he aquí convertidas aquellas tierras resecas en amenísimas praderas, en las que Baztanzuri realiza grandes plantaciones de naranjos y limoneros. Los rebaños son enviados al Norte; tres líneas de ferrocarril bifurcan en la propiedad. Esta vale hoy quince millones de dólares. Valía, mejor dicho, ayer, porque al presente han aparecido en esas tierras copiosos

yacimientos petrolíferos que acrecientan la riqueza del "Bastanchury-Ranch".

Así triunfan los vascos en sus luchas con la naturaleza, con los recursos únicos que la misma naturaleza ha depositado en la raza. Una multitud de vascos como Baztanzuri vive dedicada principalmente al pastoreo en los Estados de Oregón, Nevada, Utah, Idaho y Wyorimg. Viven alejados de todo poblado, a doscientos o trescientos kilómetros de las ciudades, durante diez años, veinte años, treinta años. La mayoría de los vascos son del valle del Baztán y de la comarca de Mauleón y San Juan de Pie de Puerto. Emigran también hacia aquellas regiones americanas vizcaínos de las tierras de Marquina. Baztaneses sobre todo. Apenas habrá en el amplio y hermoso valle navarro familia que no tenga por allí alguno o algunos de los suyos.

A diferencia de otros emigrantes vascos, que parecen olvidarse de su tierra en su afán de redondear su hacienda, los hijos del Baztán vuelven a la patria en cuanto juzgan asegurado su porvenir. Es la mejor razón para resoluciones de este género, ya que la constitución de grandes fortunas implica la perpetua separación del propio hogar racial. Vuelven los baztaneses a su patria, donde emplean parte de su caudal en mejorar y embellecer sus casas.

Detalle grato, distintivo de simpatía extraña, es éste. No hay región vasca en que se rinda al hogar el culto que en el Baztán. Parece que en la emigración han conocido experimentalmente lo que deben a su formación doméstica, a esta vida característica nuestra del aislamiento en los caseríos de las montañas, por la que han sabido huir del bullicio de las ciudades y han podido resistir la imponente austeridad de los soledades americanas. Su triunfo es el de la casa tradicional vasca.

"Infaliblemente — escribe Graudmontagne, — corresponde el éxito al tipo rural, al que salió de la casería aislada. Ningún "baserritarra" retorna vencido. Los pocos fracasados son "kaletarras", puebleros. Casi todos los que van a Norteamérica regresan pronto con pequeños capitales y se arraigan de nuevo en el Baztán. Son los más nostálgicos, los que mayor adhesión guardan al valle nativo. Es raro el que vuelve hablando el inglés, pues la lengua usual en aquellos remotos puestos pastoriles es el vascuence. Su vida de aislamiento, por otra parte, su contacto con los centros urbanos durante los años que allí residen hace difícil que puedan adquirir el dominio del adulterado idioma de Shakespeare..."

Hablan sólo el euskera, como la mayoría de los vascos que han poblado las tierras argentinas y han vencido. En cambio, los hijos de los pueblos, los nacidos en las ciudades y villas del país, que de ordinario poseen dos idiomas cuando son euskeldunes, éstos, según confesión de Graudmontague, conocedor de los emigrantes de esta tierra, cuentan a los fracasados entre los suyos.

Recordamos nosotros en este punto la obra de deseuskerización realizada sañudamente al amparo de la inutilidad del habla popular y de los servicios eminentes que presta en las luchas de la vida la posesión y uso del erdera. Ha sido el gran argumento antieuskérico. Nuestro idioma es hablado por unos cuantos millares de hombres en tierra vasca. Sólo en una zona que no llega a la mitad del territorio indígena se usa su lengua propia. Y en esa zona es el habla de los pobres, de los ignorantes. Fuera, nada. En esas condiciones la posesión exclusiva del euskera condena a las gentes al fracaso. Así se ha atacado al idioma racial, desprestigiándolo.

En vano contradecía la razón. En vano oponía la inteligencia el argumento formidable del carácter natural de la lengua vasca entre vascos. El instrumento dado por Dios al pueblo para su vida y perfección, ¿cómo podía ser un obstáculo a la perfección del pueblo vasco? Y por otro lado, ¿cómo un idioma, extraño a su raza, de estructura en todo independiente, nada relacionada con su genio y temperamento, podrá ser el instrumento adecuado de su mejoramiento?

No se había visto ni se veía en el suelo patrio la pregonada inferioridad del euskeldun. Todo lo contrario. Conocemos todos las dos grandes zonas del territorio: la erdérica y la euskérica. ¿Es acaso la zona euskeldun la menos activa, la menos industrial, la más pobre? ¿Es la derrotada en las contiendas durísimas actuales?

Y ahora una autoridad tan poco afecta a nuestro pensamiento como Grandmontagne examina la obra de los vascos fuera de su tierra: de los euskeldunes, de los hijos del caserío y de los hijos de valles y ciudades para glorificar las espléndidas victorias de los formados en las soledades de las montañas vascas en los apartados caseríos, templos de la patria, para celebrar los triunfos de estos compatriotas que sólo conocieron y hablaron el idioma de sus padres.

A los que nos quieran humillar hablándonos de la inferioridad incorregible del euskeldun, recordémosles su preeminencia en el solar nativo y recordémosles, también, la obra de cimentación de los Estados americanos en que los vascos, y los vascos euskeldunes precisamente, han alcanzado gloria y provecho incomparables. Y basta esto para corrección de la envidia y de la ignorancia.

KIZKITZA.

Nieve en los altos
(CUENTO)

¡QUÉ alegre y qué ligero asciende el joven Teles monte arriba! Tiene en el rostro la expresión sonriente de un pensamiento amable y en los pies las alas del deseo de llegar en seguida. Parécese a un cervatillo alegre que, en busca de su pareja, va saltando los setos y salvando los riscos. Y sus miradas ¡qué ansiosas a la cima del monte, a la gallarda cima del monte, donde, cual blanca palomita de amores, se muestra el caserío de Mendieta.

¡Cómo aumentan los gozosos latidos de su corazón según se va aproximando al lindo caserío! Y es que adivina que en él estará esperándole la hermosa muchacha, esperándole con afán, pues que también su corazón le habrá advertido la cercanía del amado. Por algo ha aban-

Y asciende y asciende, desdeñando los cómodos pero largos caminos y tomando los riscosos pero rectos atajos, y el gozo del alma le hace olvidar el cansancio del cuerpo.

Y al fin, como el héroe constante a su ideal, llega triunfador el joven Teles al nido de su amada.

La flor más hermosa del monte, la bella y sencilla aldeana, está ocupada en sus faenas campestres a la puerta del blanco caserío. Cuando levanta la cabeza y vé a Teles que la contempla extático, en la sorpresa de sus ojos azules brilla un destello de alegría y de amor.

—¿Cómo has venido, Teles?

—Ya ves, Edurne; para mí tiene imán este lindo Mendieta. Y luego tú, eres tan cara de ver por allá abajo.

—Yo bien quisiera, Teles, pero... como yo aquí no mando.

Y una nubecilla cruza por su frente, arrugándola. Luego añade:

—No debías haber venido.

—¿Pues?

—Mi padre (y aquí tiemblan sus labios) mi padre... ya sabes quién es.

—¿Está en casa;

—Pero puede venir.

—Que venga, pues. ¿Acaso no sabe? Y si viene yo me sabré explicar. Yo le diré que a una hija como la suya no puede resistirse ningún corazón, yo le diré que un padre, si es tal padre, debe hacer felices a sus hijos.

Y sigue el coloquio amoroso, pletórico de pasión, entre el hijo de la negra ciudad y la hermosa flor del monte. De pronto pone ésta el ceño adusto y exclama:

—¿Es cierto lo que me ha dicho de tí mi padre, Teles?

—¿Qué te ha dicho tu padre?

—No me atrevo a decírtelo, porque sé que es mentira.

—No, dímelo, dímelo.

—Pues me ha dicho que tú eres uno de esos que van por los campos y los pueblos, sembrando entre los hijos de la tierra rencores y odios con sus nuevas y locas doctrinas, que eres uno de esos que aborrecen su patria para amar otra inventada por ellos, que odias la causa de mi padre llmándola extraña, que no amas a los que no son de la tierra, que... ¡tantas cosas me ha dicho!... ¿Verdad que no es cierto?

Y calla la joven, esperando respuesta; pero Teles no habla. Parece abstraído en algún pensamiento. Insiste la joven:

—¿Verdad que no es cierto?

—Si así llama tu padre a los que, amando a su Patria, abandonan su casa para darla a conocer a sus hijos, es ello muy cierto; yo puedo decir con orgullo que soy uno de esos.

—¿Es posible? ¿Tú de esos malvados?

—Malvados, no, Edurne; dí, mejor, patriotas. Porque esos odios que dice tu padre que sembramos, son en verdad amores, unos santos amores a la Patria.

Y aquí el joven Teles, suelta su lengua en acentos patrióticos, cantando sincero y ardiente a su Patria olvidada.

Edurne le oye con los ojos bajos y el corazón frío. A veces una mueca de incredulidad se dibuja en su rostro. Le ha inculcado su padre demasiados prejuicios para que las ardientes palabras del joven hagan vibrar su alma vasca.

Por un corto tiempo continúa la charla, que ya no tiene aquel dejo amoroso primero.

—Pero ¿tú eras de esos?

Y hay en sus palabras un frío de nieve. Hija de su padre, capitán en la última guerra!

Al fin se despiden sin poder convencerse.

—Nunca creí en tí eso, Teles. Pero ya lo sabes. Si quieres volver a Mendieta puedes hacerlo, basta con el consentimiento de mi padre. Pero antes es necesario que abandones esas malas ideas.

Y el joven patriota emprende su camino monte abajo. Pero ya no va alegre y ligero, ni lleva en el rostro la expresión sonriente de un pensamiento amable, ni se parece al cervatillo alegre y amoroso que va saltando los setos y salvando los riscos. Lleva clavada en el pecho

una espina angustiosa. Un amor que se opone a otro amor

De pronto se ve frente a frente con el padre de Edurne.

—Ya sé de dónde vienes. Como el mochuelo a su olivo andas rondando mi casa. Pero he de decirte de una vez para siempre. En el noble Mendieta no entrarán las ideas malsanas que hablan mal de la patria y del rey. Ya lo sabes.

Y lanzando una dura mirada, que hiela el alma de Teles, sigue camino adelante.

Al cabo entra afligido el joven en la negra ciudad y le parece que sus humos insanos ahogan su pecho. Dirige una mirada de auxilio a lo alto del monte, pero una espesa niebla lo oculta en sus sombras.

*
* *

Pocos días después un grupo de jóvenes alegra el frío ambiente del monte con sus cantos y risas. Las primeras nieves han vestido de blanco las altas montañas. Con tal ocasión, allá abajo se ha organizado juvenil caravana que no teme que el frío del aire hiele su sangre ardorosa. Ya escalan las montañas, se lanzan á gozar de los blancos paisajes.

Son todos patriotas. Por eso aprovechan la ocasión para llamar en son de hermandad a las puertas de las viviendas solitarias y depositar en ellas la semilla de patria resurrección. Y lanzan al aire, sin tregua, las viejas y las nuevas canciones del país que hablan de santos amores

Con ellos va Teles. Los días anteriores se había entablado en su alma una lucha cruel. ¡Amaba tanto a la joven hermosa de Mendieta! ¡Y amaba tanto a su patria! Y por otra parte, ¡era tan terco aquel rudo caserío con su fanatismo, un tanto romántico de reyes guerreros que conquistan tronos y ejércitos jóvenes que luchan vertiendo la sangre fraterna! O Edurne o la Patria bien claro lo veía.

Pero en esto vinieron sus amigos a anunciarle la próxima excursión y aunque al principio intentara negarse vió tanto vigor de juventud y tanta flora de patriotismo en su empresa, que no pudo resistir la inclinación de su espíritu y alistóse en el grupo. Pero antes hubo de aconsejar con disimulo a sus amigos, que no pasaren por las cercanías de Mendieta

Y allá van, de monte en monte, los jóvenes vascos, admirando los blancos paisajes y sembrando la buena semilla. Es la nueva generación de la Patria que abandona el ambiente enervante de la hondonada y asciende anhelante a los altos picachos a respirar a pleno pulmón el ambiente de la vida.

Pero la luz del día se va extinguiendo lentamente y hay necesidad de emprender el retorno. Algunos proponen que, para acortar camino, se pase por Mendieta. Teles opone su parecer, pero triunfa la mayoría y hacia allá se dirigen, viéndose el joven, por no quedarse solo, obligado a seguirlos.

Y llegan a Mendieta. A la puerta del caserío está Edurne asombrada, viendo llegar bullicioso, un grupo de gente. Va a llamar a su padre temerosa. Pero en esto divisa a Teles en el grupo.

—¡Teles!

El joven se adelanta resuelto. Se ha decidido por una prueba definitiva.

—Aquí estoy, Edurne.

—¿Quénes son esos, Teles?

Esos son los que dice tu padre que van por todas partes sembrando entre los hijos de esta tierra odios y rencores, con sus nuevas y locas doctrinas. Míralos, Edurne, míralos y escúchalos. Y dime luego si ellos pueden ser lo que dice tu padre.

A corta distancia se oye cantar el "Itxarkundia" al grupo volandero. La hermosa flor del monte permanece en silencio, sin abrir los pétalos de su alma a los ritmos patrióticos.

Su padre, atraído por el ruido, aparece en la puerta. En su rostro se dibuja una desagradable sorpresa.

—¿Tú aquí, Teles? ¿Y acaso con esos desgraciados que van cantando sus cantos odiosos? Olvidando mis palabras ¿te has atrevido a acercarte a mi casa? Marcha de aquí en seguida, si no quieres. '

Y toma una amenazadora actitud, que recuerda los tiempos en que era nada menos que capitán del ejército pretendiente.

Teles, en busca de consuelo, quiere leer en los ojos de la joven, pero ésta los cierra, volviendo la hermosa cabeza.

Y sintiendo en el alma la angustia, el pobre muchacho se lanza tras el grupo, ya bastante lejano.

Según se va acercando va percibiendo más distintamente una hermosa canción. Cantan los jóvenes

Goiko mendijan
edurra dago,
erreka-aldian
ixotza.

Y cuando vuelve la cabeza recuerda que, en efecto, ¡hay nieve en los altos!

Vicente de AIZKIBEL.

Cuando muere la noche y nace el día

Estos días el aire es transparente y templado. El cielo es muy azul, y algunos grandes nubarrones, de los llamados cúmulos, y algunas nieblas blanquecinas en los amaneceres, suelen ornamentar el paisaje. Son los días de gran espectáculo en nuestro país, especialmente en los crepúsculos. Por eso en estas ocasiones, cuando veo desde allá abajo, desde el valle de Durango, estas cumbres del Anboto y del Mugarra, ¡cuánto daría por poder remontarme a ellas en un vuelo! ¡Cómo gozaría al contemplar desde allí tanta grandeza!

Con el fin de ver amanecer, desde lo alto del Urkiola-Mendi, vine a dormir a Urkiola. Como siempre que viajo, vine provisto de un pequeño despertador. Lo preparé para que me avisara una hora antes de salir el sol, y, como de costumbre, me avisó con toda puntualidad.

Cuando salí del hotel era aún plena noche. Apenas asomaban por oriente los primeros resplandores de la aurora. En el cielo se veían algunas nubes blanquecinas, y en las zonas despejadas las estrellas brillaban con limpidez.

La noche sin luna, era bastante oscura, y, un poco a tientas, caminé hasta asomarme, frente a Abadiano, por entre el Untzilla y el Amboto.

Un pajarillo salió muy apurado de mis pies, dejando en el aire una queja. Perdona, hermano; no quise molestarte. Te he obligado a abandonar tu guarida nocturna, quizá tu nido, y tras corto vuelo en la oscuridad te has posado al azar. ¡Cuán inquieto tiene que ser tu sueño sin que también el hombre venga a molestarte. Por dormir más abrigado, no escoges para techo la copa de los árboles, sino algún rinconcito del suelo con alguna hierba seca. ¡Pero cuántos peligros corres! Las comadrejas, las culebras y mil alimañas más, se deslizan cautelosas para devorarte, a ti, pobre pajarillo, que no haces otra cosa que adornar el aire y llenarlo de armonías. Es tu sino y cada uno tenemos el nuestro; pero sabe que no quise molestarte...

En la obscuridad reinante recibí la impresión de que el valle del Duranguesado se había convertido en un mar tranquilo. No se veía bien y no llegaba a distiguir de qué se trataba. Eché mano de los gemelos y vi con toda claridad que una banda de color algo plomizo, densa, reposada, uniforme, cubría el valle hasta unos doscientos metros sobre el fondo del mismo. El mar de niebla llegaba [illegible] Santiernz: Montorreia estaba completamen[illegible] sumergido. Se extendía po[illegible] do el valle del Ibaizabal, y de sus afluentes, y sobre la inundación, de un blanco grisáceo, destacaban sus moles las montañas en el aire diáfano. Todo esto pude verlo pronto con claridad a la luz difusa del amanecer.

Fuí subiendo hasta la cima del Urkiola. Conforme subía, el horizonte se alejaba, y el campo que iba dominando mi vista se extendía grandemente.

La "dama de Anboto"... Sí; hay una leyenda... y el momento parece oportuno para evocarla. Y, sin embargo, prefiero dejar a mi alma verterse sencillamente, en la emoción del espectáculo grandioso y delicado que la enajena. Es verdad que se dibuja una mujer entre los tules de las nieblas que vagan por las laderas; pero no es la dama de Anboto sino la señora de mis sueños...; es "la libélula vaga de una vaga ilusión".

La superficie del Urkiola está cubierta de esa hierba de hojas finísimas como agujas, que se encuentra siempre a cierta altura en estas montañas del Norte, y nunca en los valles. Sus hojas, y sobre todo, sus raíces entretejidas, forman una muy muelle y suavísima alfombra

Mi calzado no era de montañero, y cuando hube andado un buen trecho, la suela se pulimentó de tal manera con no se qué sustancias de esa hierba, que fácilmente resbalaba, y gracias a mi bastón me libré de algunas costaladas.

La transparencia del aire; las nubes blancas, de contornos bien definidos, que adornaban el cielo, y la placidez del ambiente en el fresco alborear de esa mañana estival, me presentaron un amanecer tal como yo con afán lo deseaba. Me sentía alegre, feliz, emocionado. Fuí subiendo, y desde la cumbre recité algunas poesías, declamándolas, a pleno pulmón, al Creador, a mis montañas, a mi raza. Nadie me oía; nadie me veía. Mi cuerpo había subido un kilómetro, pero mi alma subió mucho más, y se sublimó y se fundió con las esencias más puras de la naturaleza. Si no fuera demasiado atrevimiento, tendría la audacia de pensar que acaso el Creador estuviera mirando con agrado cómo esta pobre criatura sentía una dulcísima embriaguez espiritual al contemplar aquel magno, imponente espectáculo, tan grande en relación con mi persona, y tan pequeño, tan insignificante, sin embargo, cuando se piensa en el espacio infinito y en los astros inmensos que lo pueblan.

El gran faro del día iba ascendiendo hacia e[illegible] horizonte, y sus claridades se extendían por e[illegible]

espacio. Las sombras huían por el costado de poniente. Las lámparas del cielo iban apagándose. Las nubes del oriente tornándose luminosas, con colores de púrpura, de oro y de plata rutilante. Algunos pedazos del cielo despejado tomaban matices de un azul tan espiritual que el alma entera quedaba prendida de ellos.

¡Oh, divino Heredia! ¡Cómo me acordé de ti, cuando al contemplar el proceloso Niágara exclamaste arrebatado!: "¡Dadme mi lira, dádmela: que siento en mi alma estremecida y agitada arder la inspiración!" También yo sentía estremecida y agitada mi alma. También yo hubiera pedido una lira con la que pudiera entonar una sinfonía digna de aquel magno espectáculo. Pero, ¡ay!, "no es para todos la bota de potro". No son para el "txincor" las grandes orquestaciones que requieren los magnos espectáculos de la naturaleza. Por eso él no sale de entre las higueras, perales y manzanos vecinos a los caseríos. Allí, desde una ramita destacada, contempla el paisaje, y en los plácidos amaneceres, y, sobre todo, cuando el día declina, entona su modesta, pero delicada, varia, sentimental canción. Canción que tiene acentos de oración. Oración que penetra en las almas llenándolas de dulcedumbre.

En la cumbre del Urkiola y a la contemplación de tantas magnificencias, era tu lira, la lira de un águila que entona canciones dignas de su vuelo, la que me hacía falta; la que tú pulsaste a la contemplación del Niágara para componer tu canto inmortal.

Yo hubiera querido decir, parodiando a un vasco insigne: "Ara gigante, cumbre del Urkiola, — a ese tu aire soltaré mis cantos. — Si te son dignos bajarán al mundo — desde lo alto"

¿Pero a qué iniciar en un arrebato lírico un vuelo tan alto, si no lo he de poder seguir? La admiración, el arrebato, no sólo se expresa con palabras. Cuando la emoción nos agobia, la lengua calla. Y cuando el sol, lleno de majestad, se asomó por la cumbre del Aitzgorri cual si fuese una pupila del Creador, yo, estremecido, mudo, anonadado, ¡pobre hombre!, me arrodillé y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Manuel de Aranaga.



GREGORIO APEZARENA

El 15 del pasado Marzo falleció en nuestra ciudad el señor D. Gregorio Apezarena, hombre de labor, de recta intención, que en el ejercicio de sus actividades, se había distinguido por su perseverancia.

El extinto era hermano de nuestro consocio D. Juan Apezarena.

Muere rodeado del aprecio de sus amistades.

El sepelio de sus restos congregó numerosa concurrencia.

Nos inclinamos ante su tumba.

EL Sr. OSACAR

Sigue enfermo nuestro buen consocio el señor don Fermín Osácar que fué sometido a una intervención quirúrgica. Deseamos se restablezca totalmente de sus males.

ENLACE GABUS - SHORTT

En la Iglesia de Nuestra Señora de Lourdes, en la tarde del 18 del pasado, se verificó el enlace de la señorita Laura Gabus Pons con el señor Guillermo Shortt Thompson, lo que dió motivo para que se verificara una ceremonia sentida.

El templo de referencia estaba engalanado con gusto y distinción, por sus flores y luces. Este casamiento fué presenciado por una concurrencia realmente distinguida.

Actuaron de testigos en el casamiento civil, por parte de la gentil novia, los señores: Juan B. Bidegaray, y Héctor Gabus Pons, y por parte del novio, los señores Félix CarCarty y Guillermo MacLane.

La ceremonia religiosa fué bendecida a las 5 de la tarde, actuando de padrinos la señora Elena Thompson de MacCarty y el señor N. Pons Ferrer.

Los jóvenes esposos, sobrinos de los esposos Bidegaray - Pons Ferrer, fueron homenajeados por sus numerosas amistades.

Van con ellos, nuestros votos de felicidad.

BLANCA RENEE GARAYALDE

El 18 del pasado cumplió sus quince años la señorita Blanca Renée Garayalde, hija de los esposos Fidel Garayalde - Rosario Aizcorbe.

Esta fecha fué recordada en la intimidad de su hogar y no hubo fiesta, en razón de encontrarse enfermo, en el Sanatorio, un miembro de su familia.

La señorita de Garayalde se vió cumplimentada por muchas de sus amistades y en este día tan grato para su corazón, recibió testimonios cariñosos de simpatía.

Le presentamos nuestras felicitaciones.

DEMOSTRACION AL Sr. GÓMEZ HARLEY

Se verificó en nuestra sede, el viernes último, la demostración que un grupo de amigos de "Euskal Erria" ofreció al señor Leandro Gómez Harley, con motivo del éxito que obtuvo al conquistar el título de Campeón Nacional de Basket Ball, como lo informó, con amplitud de detalles, la prensa de la capital.

El señor Gómez Harley es un deportista prestigioso que cuenta con muchos amigos entre nosotros y, en "Euskal Erria", por su actuación brillante y siempre correcta, tiene conquistado un aprecio.

Esta demostración transcurrió en un ambiente de franca camaradería y compañerismo y se formularon votos por el bienestar del señor Gómez Harley y por sus triunfos futuros.

D. HILARIO GARAYALDE

Se encuentra en uno de los principales Sanatorios, nuestro amigo el señor D. Hilario Garayalde, por cuyo restablecimiento formulan votos sus amistades y nosotros.

EL PBRO. JUAN OTAMENDI

El 13 del pasado Marzo, tuvimos la satisfacción de recibir la visita de nuestro amigo y colaborador el Pbro. D. Juan Otamendi, (Cura Vicario de Ayacucho, Prov. de Buenos Aires), que vino a ésta con el fin de recibir al Cardenal Copello.

El Pbro. Otamendi, que cuenta con muchas vinculaciones y afectos entre nosotros, fué acompañado por el Redactor de nuestra Revista y visitó las distintas dependencias de nuestra sede, con los archivos, y llevó, de nuestra casa, una impresión inmejorable.

Se interesó vivamente por nuestras cosas y más tarde fué acompañado a visitar los alrededores de nuestra ciudad.

Además, fué presentado a las autoridades eclesiásticas y personas conocidas, y esa misma noche regresó a su Parroquia, siendo despedido cariñosamente a bordo del "Ciudad de Buenos Aires".

Experimentamos gran placer al saludarle en ésta y su viaje fué una sorpresa bien agradable, por cierto, para nosotros.

VIAJEROS

Partió para Buenos Aires, donde pasará varios días, con su esposa, nuestro amigo el señor D Alejo C. Garra.

—Para el mismo punto nuestro Presidente D. Domingo Duvigneau.

—Está en el interior el señor D. Domingo Laraldo.

ENFERMOS

Está ya bien el niño Jorge Soler Garmendia, que estuvo unos días enfermo.



Notas de Euskal Erria

PARA EL ALMUERZO ANUAL

Avisamos a los señores asociados y consocias con sus familias que están a disposición de los mismos las tarjetas para el almuerzo social que se verificará el domingo 26 del corriente Abril, al precio de $ 3.00 cada una.

Estas tarjetas pueden adquirirse en la sede central de la calle San José 1168, o bien en el Bazar San Juan, de Mariezcurrena Hermanos, 18 de Julio 1751.

Recomendamos muy encarecidamente a los asociados participen de esta fiesta espléndida que cada año obtiene tanto esplendor.

Así festejaremos bien los veinticuatro años de fundación de "Euskal Erria".

CONSEJO DIRECTIVO

ACTA N.° 899

Sesión del 17 de Marzo de 1936

Preside D. Francisco Villanueva.

Asisten los miembros siguientes: Juan José Villamonte, Domingo Aiscar, Juan Harambure Tissier, Martín Urrutia, José Mariezcurrena, Fidel Garayalde, que actuó en Secretaría y el Secretario General Arnaldo Pedro Parrabère.

—Leída, fué aprobada, firmándose, el acta de la sesión anterior N.º 898.

—Hácese constar que el Centro "Laurak Bat", de Buenos Aires, invitó para sus fiestas conmemorando el 59 aniversario de su fundación. Se mandó una nota acusando recibo de la invitación con augurios de éxito para la jornada proyectada.

—El Centro Asturiano de Montevideo hizo saber la forma en que se constituyeron sus autoridades. Se acusó recibo felicitando

El señor Abelardo Roldán pide que nuestra Institución adquiera algunos ejemplares del libro "A la sombra de tu luz" del que es autor Roberto Salgueiro Silveira, internado, desde hace años en el Hospital Fermín Ferreira. Se determinó adquirir 10 ejemplares a $ 1.00 cada uno.

—Fueron considerados diversos asuntos de carácter interno.

—Se autorizaron estos pagos:

A Heider y Fornio, $ 1.36. A Rodolfo Picardo, $ 3.50. A Amato, orquesta, $ 32.00. A. E. Arín, $ 5 68, A Mosca Hnos., $ 4.60. A Juan B. Bidegaray, $ 38.72. A Zabaleta y Lizarraga, $ 13.50. A Soury y Cía., $ 0.45. A Campiglia y Carril, $ 2.82.

—El señor Fidel Garayalde, desde Carhué (Argentina, Lago Epecuen), mandó un atento saludo a los miembros del Consejo Directivo, cuya fineza se agradeció.

—Se procedió al sorteo de una acción de pesos 500.00. Extraida la bolilla por el señor Presidente, correspondió al número 35 del señor Luis San Martín.

"Euskal Ordúa" invita para la fiesta del 22 del corriente. Se agradece su atención.

Quedan incorporados a la Institución los socios presentados en la sesión anterior del N.º 4923 al 4925, inclusives.

—Fueron propuestos los siguientes nuevos socios:

Luis E. Anza, Cooperador, N.º 2926; Pedro Amonte Olivera, Cooperador, N.º 4927, presentados por los señores José Mariezcurrena y Florencio Elizondo.

Armando Román, Cooperador, N.º 4928, por José Mariezcurrena y Cecilio Erreguerena

Luis Bartolomé Aguirrezábal, Activo, N.º 4929, por Domingo F. Pagouapé y Florencio Elizondo.

Alcides López Esponda, Suscriptor, N.º 4930: Homero Tapia del Castillo, Cooperador, N.º 4931, por G. Jones Otegui y H. Tournier.

Marino Brecela, Cooperador, N.º 4932, por Pedro Lujambio y José Mariezcurrena

Cándido Moreno, Cooperador, N.º 4933, por Carlos Barrios y Román Mintegui.

—Fué reincorporado como socio el señor Regino Aguirre.

—Faltan con aviso los señores Presidente, Garra y Larralde.

BENEFICENCIA Y SEÑORAS

ACTA N.º 563

Sesión del 19 de Marzo de 1936

Preside la señora Juliana U. de West.

Asisten los miembros siguientes: Antonia U. de Salavarría, Alcira Irigoin, Julia W. de Cardeillac, Miguel Rethén, Martín Bildosteguy, Martín José Mariezcurrena, Dionisio Garmendia, José Lizarraga, Fermín Zabaleta y el Secretario General Arnaldo Pedro Parrabère.

—Siendo las 18 y 15 se declaró abierta la sesión.

—Fueron propuestas las siguientes socias:

Lydia Costa Piotti, (Juan Cruz Varela, 3414), presentada por Clementina B. de Donagaray y F. Clementina I. de La Torre.

Angela Mollincodo, (14 de Julio 1516): Aurelia Tellechea Gregora, (Roque Barcia, 1490).

—Se aprobaron los balances de Caja de los meses de Diciembre de 1935, Enero y Febrero de 1936, presentados por el Secretario General.

—Se dió cuenta de las entregas hechas en los dos últimos meses a los pobres, en las condiciones establecidas y de que falleció la pobre protegida, llamada Teresa Samorrapa.

—Falta con aviso, la señora de Iguain.

—Pasa a informe un pedido de protección de la Sra. Fermina Bergaraco.

El Empréstito Interno de «Euskal Erria»

Su situación al 1.o de Abril de 1936

Orden	Nombres y N.° de acción	Cantidad	Fechas de vencimientos				Importe de los intereses
1	Juan Oyhenart, 36 y 37	$ 1.000,00	Junio	9	9	Diciembre	$ 30.00
2	Pedro Bidegain, 40	» 500,00	Junio	16	16	Diciembre	» 15.00
3	Arnaldo P. Parrabère, 47	» 500,00	Julio	8	8	Enero	15.00
4	José Aiscar, 48	» 500,00	Julio	27	27	Enero	[illegible]
5	Juan Gogorza, 53	» 500,00	Julio	27	27	Enero	15.00
6	Eulogio Arín, 56	» 500,00	Agosto	26	26	Febrero	» 15.00
7	Esteban Saraberry, 59	» 500,00	Agosto	26	26	Febrero	» 15.00
8	Francisco Donagaray, 57	» 500,00	Agosto	26	26	Febrero	» 15.00
9	Florencio Yéregui, 38 y 39	» 1.000,00	Setiembre	5	5	Marzo	» 30.00
10	Domingo Aiscar, 46	» 500,00	Setiembre	14	14	Marzo	15.00
11	Juan Apezarena, 51	» 500,00	Setiembre	15	15	Marzo	» 15.00
12	Fermín Zabaleta, 61	» 500,00	Setiembre	18	18	Marzo	» 15.00
13	Alberto Oneto, 42 y 43	» 1.000,00	Setiembre	23	23	Marzo	» 30.00
14	Pedro Irigoyen, 52	500,00	Setiembre	23	23	Marzo	» 15.00
15	Ignacio A. Belderrain, 62	» 500,00	Setiembre	23	23	Marzo	» 15.00
16	Antonio Díaz, 60	» 500,00	Octubre	2	2	Abril	» 15.00
17	Juan Harambure, 20	» 500,00	Octubre	23	23	Abril	» 15.00
18	Juan J. Villamonte, 25	» 500,00	Noviembre	1	1	Mayo	[illegible]
19	Martín Bildosteguy 11 al 15	» 2 500,00	Noviembre	29	29	Mayo	75.00
20	Esteban Leonis, 1 al 6	» 3 000,00	Diciembre	31	30	Junio	» 90.00
21	Esteban Leonis, 8 y 10	» 1 000,00	Enero	28	28	Julio	» [illegible]
22	M J. Mariezcurrena, 64	» 500,00	Marzo	18	18	Setiembre	15.00
23	Martín Bildosteguy, 26 27	» 1.000,00	Marzo	23	23	Setiembre	» 30.00
24	Domingo Larralde, 31	» 500,00	Abril	7	7	Octubre	» 15.00
25	Manuel Mujica, 49	» 500,00	Mayo	8	8	Noviembre	15.00
26	José Mariezcurrena, 28 y 29	1 000,00	Mayo	13	13	Noviembre	30.00
27	Fco. Donagaray, 32 y 33	» 1.000,00	"	"	"	"	» 30.00
	Suma de la deuda . .	$ 21 500,00	*Suma de intereses semestrales.*				$ 645.00

Montevideo, 1.° de Abril de 1936

EL SECRETARIO GENERAL

Acciones sorteadas hasta el 1.o de Abril de 1936

AÑO 1931

Junio 30 Cristina F. de Toyos acción N.o 23 $ 500.00
Julio 31 Juan Harambure N.o 18 » 500.00
Agosto 31 [illegible] N.o [illegible] » 500.00
Octubre 31 Pedro Bidegain N.o 4[illegible] » 500.00
Noviembre 30 [illegible] Gorz[illegible] N.o 45 » 500.00
Diciembre 31—José Harambure N.o 17 » 500.00
Sorteadas en 1931 . . $ 3.000.00

AÑO 1932

Enero 31 Juan [illegible]rambure Tissier [illegible] N.o [illegible] $ 500.00
Febrero 29 [illegible] F. de Toyos N.o [illegible] » 500.00
Abril 30 [illegible] Martín, N.o [illegible] » 500.00
Junio 30 [illegible] Lorr[illegible] N.o 30 » [illegible]
Setiembre 30 [illegible] N.o 7 » [illegible]
Diciembre 31 [illegible] Harambure, N.o 19 » [illegible]
Sorteadas en 1932 $ [illegible]

AÑO 1933

Febrero 28—Martín Bildosteguy, ac. N.o 16 $ 500.00
Diciembre 31—Juan José Villamonte, N.o 24 » 500.00
Sorteadas en 1933 $ 1.000.00

AÑO 1934

Mayo 31—José Lizarraga, acción N.o 58 $ 500.00
Agosto 31 Francisco Villanueva, N.o 54 » 500.00
Sorteadas en 1934 $ 1.000.00

AÑO 1935

Febrero 7—Cristina F. de Toyos ac. N.o 21 $ 500.00
Abril 23 Esteban Leonis acción N.o [illegible] » [illegible]
Junio 30—M. J. Mariezcurrena acción N.o [illegible] » [illegible]
Sorteadas en 1935 $ [illegible]

AÑO 1936

Febrero 4 Juan Antonio Harambure, N.o 11 $ [illegible]
Marzo 17—Luis San Martín [illegible] N.o [illegible] » [illegible]

Total de acciones sorteadas: $ 10.500.00

BALANCE DEL MOVIMIENTO DE SOCIOS Y VALORES

MOVIMIENTO DE SOCIOS		MARZO DE 1936	MOVIMIENTO DE VALORES				
SOCIOS ANUALES	SOCIOS MENSUALES	DESCRIPCION	INGRESOS	MENSUALES	ANUALES	GANANCIAS Y PÉRDIDAS Y CARNETS	Reincorporados
66	852	*Existencia en 31 de Marzo de 1936*					
		Impagos atrasados según lista 569.	2.—	717.—	156 —	26.—	—
		Recibos hechos s lista N.º 570		852 —			
	11	Recibos hechos s/lista N.º 571	11 —	15 —		1 —	
66	863		13 —	1.584.—	156.—	27.—	
	—	*Impagos en este mes de Marzo de 1936*	1.—	728.—	108.—	26.—	
			12 —	856.—	048 —	01 —	
	21	Socios eliminados con deudas: del N.º 3186 al 3206 (21 socios) (Esta numeración corresponde al orden de las eliminaciones y no a la matrícula de cada socio)		61.—			
	842						
+	1	Reincorporación de Regino Aguirre					RESUMEN
66	843	*Existencia de socios para el 1.º de Abril de 1936*					1.— 48.— 795.— 12.—

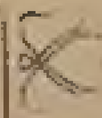
Efectivo recibido del cobrador s/Caja . . . $ 856.—

Arnaldo Pedro Panabere.

Secretario General



GUIA PROFESIONAL



Dr. FRANCISCO GARMENDIA. — Médico Oculista. — Consultorio Río Branco N.° 1486. — U. T. E. 85-120.

ROGELIO DUARTE. — Cirujano Dentista. — Sierra 2254. — Hora fija. — U. T. E. 23-266.

Consultorio Masoterápico
Hnos. Julio y J. P. Aguerre (Daunatua)
Masajistas recibidos en París y Montevideo
Director técnico Dr. R. M. Vázquez
Consultas de 16 h. a 17 h.
Venezuela 1339
casi esq. Agraciada
U.T.E. 2-33-70

SOMBRERERIA "AU COEUR DE PARIS", de Yriart y Cía. — Artículos para hombres y niños. — Calle 25 de Mayo 552, esquina Ituzaingó.

ESCRIBANIA OSPITALECHE. — Agustín Rapallo. — U. T. E. 80954. — Juan Carlos Gómez 1434.

SAVERIO LAGUARDIA. — Cirujano Dentista. — Yí 1290 esq. San José.

JOSE GARMENDIA. — Alpargatería y Zuequería. — Casa especial en la confección de alpargatas cosidas a mano. — Cerro Largo 833 entre Andes y Florida. — U. T. E. 80753.

FRANCISCO P. RUIZ

Especialista en sacar humedades — Trabajos garantidos — Presupuestos gratis — Pinturas — Blanqueos — Empapelados

Escriban a Buenos Aires 175 - Apartamento N.o 1 - Montevideo

COMPANIA NACIONAL DE CARRUAJES

DE

FRANCISCO C. MIRAMONTE

Avenida 18 de Julio N.os 1660-64 — (Plaza de los 33)

Esta casa se ha especializado dedicando toda su atención al mejoramiento del ramo de pompas fúnebres. Hoy se encuentra en ventajosas condiciones para servir al público por la modicidad de sus precios. Quien nos consulte siempre saldrá beneficiado

TELEFONO U. T. E. 44876

TESORO

PAT. 2832

La mejor y más sólida Válvula sanitaria para inodoros — Completamente silenciosas

Exposición y venta en las casas:

Crespi Hnos. - Croce Hnos. - E. Fontana S. C. F. Susena e Hijos. - Trabucati y Cía. - Francisco Vilaró. - J. Fábregas y Cía.

Superioridad Técnica — Menor precio que sus similares — Garantía REAL y PERMANENTE

Cerrito 310 **C. B. Engelbrecht** **Tel. 83871**

PORTE PAGO

PORTE PAGO